

LA INSOCIABLE SOCIABILIDAD DEL HOMBRE

| KANT y KASPAR HAUSER |

antagonismo

Esta palabra procede del griego y significa oposición o rivalidad habitual o sustancial que afecta a doctrinas y opiniones.

sociedad

Agrupación o asociación de individuos reunidos bajo normas comunes con una finalidad también común. En el caso de la sociedad humana esas normas son principalmente de tipo político, ético, jurídico, cultural y económico.

Decía Aristóteles (Grecia, s. IV a.c.) que la sociedad era una asociación natural dirigida al bien común y que por eso era más perfecta que otros tipos de asociaciones naturales como la familia y la tribu o pueblo, por ejemplo. John Rawls (EE.UU., s. XX) insistía en que la sociedad es una empresa cooperativa para el beneficio mutuo y que su principio fundamental es la justicia.

naturaleza humana

Conjunto de características que identifican singularmente a la especie humana.

Se considera que vienen dadas de forma natural y que no cambian a lo largo del tiempo.



KASPAR HAUSER

En mayo de 1828, en la ciudad alemana de Nuremberg, apareció un adolescente con una carta en la mano en la que se podía leer esta frase: «Quiero ser jinete como mi padre». El muchacho no se sostenía erguido y no podía comer carne. Era incapaz de conversar, pues solo conocía 12 palabras, entre ellas la que más repetía era 'caballo'. Sin embargo, cuando le proporcionaron papel y lápiz escribió su nombre claramente: Kaspar Hauser.

Enseguida comenzó una investigación que reveló que aquel muchacho había pasado encerrado casi 10 años, desde los seis aproximadamente; que no había tenido contacto con otros humanos salvo con uno que le proporcionaba pan y agua solamente. Kaspar lo llamaba «El hombre».

Kaspar Hauser no tenía ningún retraso mental. Su cuerpo estaba atrofiado debido a su internamiento y



insociable sociabilidad

«El medio del que se sirve la naturaleza para lograr el desarrollo de todas sus disposiciones es el antagonismo de las mismas en la sociedad, hasta el extremo de que éste se convierte en la causa de un orden legal de aquéllas. Entiendo aquí por antagonismo la insociable sociabilidad del hombre; es decir, la misma inclinación a caminar hacia la sociedad está vinculada con una resistencia opuesta, que amenaza continuamente con romper esta sociedad. Esta disposición reside ostensiblemente en la naturaleza humana. El hombre posee una propensión a entrar en sociedad, porque en tal estado se siente más como hombre, es decir, siente el desarrollo de sus disposiciones naturales. Pero también tiene una inclinación mayor a individualizarse (aislarse), pues encuentra igualmente en sí mismo la cualidad insociable, que le lleva sólo a desear su sentido y a esperar, por ello, resistencia por todas partes, del mismo modo que sabe que, por la suya, es propenso a la resistencia contra los demás. Mas esta resistencia es la que despierta todas las fuerzas del hombre y le lleva a superar su inclinación a la pereza y, movido por el ansia de honor, de poder o de bienes, a procurarse un rango entre sus congéneres, a los que no puede soportar, pero de los que tampoco puede prescindir. Así se dan los primeros pasos reales de la rudeza a la cultura, que consiste propiamente en el valor social del hombre.»

(I. Kant: *Idea de una historia universal con propósito cosmopolita*, 4)

al escaso contacto con otros seres humanos. No se pudo averiguar por qué fue aislado de aquella manera ni tampoco quién lo hizo. No se halló a ningún pariente de Kaspar y este murió pocos años después en circunstancias todavía no aclaradas.

El caso es conocido como el enigma de Kaspar Hauser.



En el bosque de Kant

Medio siglo antes de que apareciese misteriosamente Kaspar Hauser, el filósofo prusiano Immanuel Kant (Königsberg, 1724-1804) esgrimía la tesis de la «insociable sociabilidad» del hombre en su obra *Idea de una historia universal en clave cosmopolita*. Para Kant los humanos somos como esos árboles que crecen hacia arriba apiñados en el bosque: todos buscan afanosamente la luz del sol que les da vida y por eso crecen erguidos, juntos, pero lo suficientemente separados unos de otros para no molestarse entre sí. Justamente esa insociabilidad, ese afán individual, esa inclinación egoísta y asocial, es la base de su convivencia, de su sociabilidad. Los hombres tienen propensión a reunirse en sociedad, pero al mismo tiempo tienen la tensión contraria: la ruptura individualista de toda sociedad. No soportamos a los demás, pero los necesitamos.

Esta doble tendencia marca el camino de la barbarie a la cultura. La sociedad humana necesita tanto el contacto y la cooperación como el respeto a la diferencia y la individualización. La sociedad está integrada por individuos, cada uno tiene sus inclinaciones, busca satisfacer sus propios intereses, cuida de sí, y de esta manera entra en competencia con los demás, como esos árboles en el bosque que se ven sometidos a competir por el aire y el sol y, por eso precisamente, se esfuerza más. Apartado de la sociedad, es decir del bosque, de la competencia con los demás, los árboles, o sea los individuos, crecen torcidos, atrofiados, encorvados, como Kaspar Hauser. En cambio, sometidos a esa insociable sociabilidad crecen erguidos, bellos, rectos...

Evidentemente Kant era consciente de que la sociedad por sí sola no es el remedio a todos los males y que la competencia natural no asegura sin más la paz. Por eso este filósofo proponía que el mayor desafío de la naturaleza humana es instaurar la llamada «sociedad civil», esa estructura de convivencia donde la libertad se ajusta a la ley. Según Kant el hombre siempre necesita de un señor, es decir, de una autoridad que regule sus relaciones sociales, pues de lo contrario fracasarían derivando en guerra permanente. Ese señor puede ser un tirano, un déspota o un amo benevolente. Pero lo mejor es que sea un legislador equilibrado, esto es, racional y capaz de respetar a los individuos. A este último modelo de

autoridad Kant lo llama Estado republicano. Su característica principal es la siguiente: es un modelo de autoridad racional basado en la ley y la libertad. Solo así las voluntades individuales, por naturaleza antagónicas entre sí, se obligan mutuamente a respetar leyes generales que son iguales para todos y cuya finalidad es ajustar las relaciones entre individuos.

Para esto es fundamental el derecho, es decir, el imperio de la ley, que no pretende hacer de los ciudadanos buenas personas, sino garantizar la viabilidad de la vida social o coexistencia de voluntades en conflicto. No se trata, pues, de eliminar el conflicto. Este es naturalmente ineliminable. De lo que se trata es de que la libertad de cada uno sea compatible con la de los demás. Cuanta más libertad individual mejor, pero en armonía con la de los demás. A Kaspar Hauser le habían privado de su libertad y le habían impedido su sociabilidad. Sin aquella no existe verdaderamente esta, porque simplemente queda reducida a obediencia. Pero, al mismo tiempo, sin sociabilidad la libertad se desboca y retuerce en vano.